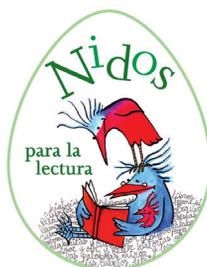


Guarda útil

El Príncipe Feliz *y otros cuentos*



loqueleq





El Príncipe Feliz *y otros cuentos*

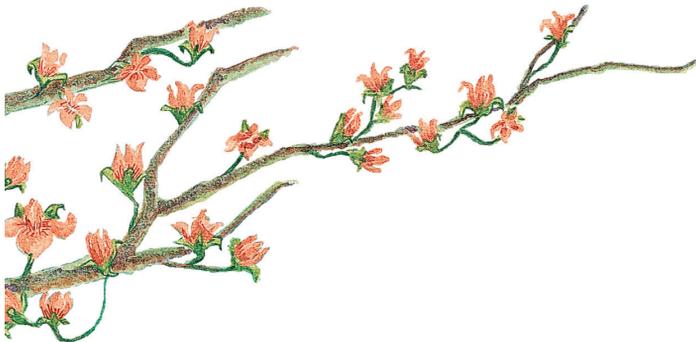
OSCAR WILDE

Ilustraciones de Pedro Villalba Ospina

A los lectores...

UNA DE LAS MARAVILLAS DE SABER LEER solo es ir descubriendo, poco a poco, que cada libro tiene su propia voz y que nos abre puertas a historias, épocas y personas distintas. Porque la literatura está escrita con la vida, con las palabras y con las emociones de los seres humanos y, como todos somos tan diferentes, no hay un libro igual a otro.

Este, por ejemplo, reúne tres historias que Oscar Wilde escribió hace más de cien años para los niños. El autor irlandés, famoso por sus obras para adultos, tuvo dos hijos llamados Ciril y Vyvian. Según relata Vyvian, su padre les contaba cuentos de hadas y





cuando ellos le preguntaban por qué se le llenaban los ojos de lágrimas, respondía: “porque las cosas bellas siempre hacen llorar”.

En realidad, a Wilde lo conmovía la belleza y alguna vez escribió que “la belleza es la única cosa a la que el tiempo no puede ocasionar daño alguno”. Tal vez por eso todavía seguimos emocionándonos con historias como El gigante egoísta, El Príncipe Feliz y El amigo fiel, en las que se reúnen la tristeza, la generosidad, el arte y el humor, pues, también hay que decirlo, al autor le gustaba burlarse un poco de la gente de su época.

Los cuentos de Oscar Wilde son para leer muy despacio, a veces en voz alta y otras veces en profundo silencio pero, siempre, con todo el corazón. Solo así podremos disfrutar la belleza de su lenguaje y descubrir cómo los sentimientos y los ideales nos conectan a todos los seres humanos, aunque vivamos en tiempos diferentes. En estos cuentos aparece la vida, con su extraña mezcla de bondad y de maldad. Quizás por eso, nos hacen sentir tan felices y tan tristes a la vez.

Yolanda Reyes

DIRECTORA DE LA COLECCIÓN

1

**El gigante
egoísta**
PÁGINA 8

2

**El amigo
fiel**
PÁGINA 22

3

**El Príncipe
Feliz**
PÁGINA 48

1 El gigante egoísta



Todas las tardes, al volver del colegio, los niños tenían la costumbre de ir a jugar al jardín del gigante.

Era un amplio y hermoso jardín, con un suave y verde césped. Brillaban aquí y allá lindas flores entre la hierba, como estrellas, y había doce durazneros que, en primavera, se cubrían con delicadas flores blancas y rosadas y que, en otoño, daban jugosos frutos. Los pájaros posados sobre los árboles cantaban con tanta dulzura que los niños interrumpían habitualmente sus juegos para escucharlos.

—¡Qué felices somos aquí! —se gritaban unos a otros.

Un día volvió el gigante. Había ido a visitar a su amigo el ogro de Cornualles, y se había quedado siete años con él. Al cabo de ese tiempo había dicho todo lo que tenía que decir, pues su conversación era limitada, y decidió regresar a su castillo. Al llegar, vio a los niños jugando en su jardín.

—¿Qué hacen aquí? —les gritó con voz ronca. Y los niños huyeron despavoridos.

—Mi jardín es mi jardín —dijo el gigante—. Todos deben entenderlo así y no permitiré que nadie más que yo juegue en él.

Lo cercó entonces con un alto muro, y puso este cartel:

SE PERSEGUIRÁ A LOS TRANSGRESORES.

Era un gigante muy egoísta.

Los pobres niños no tenían ahora un sitio donde jugar.

Intentaron hacerlo en la calle; pero la calle estaba muy polvorienta, toda llena de piedras afiladas, y no les gustó.

Tomaron la costumbre de pasearse, una vez terminadas sus lecciones, alrededor del alto muro, para hablar del hermoso jardín que había al otro lado.

—¡Qué felices éramos ahí! —se decían unos a otros.

Entonces llegó la primavera y en todo el país hubo pajaritos y florecillas.